

ITER
ENSAYOS

“El desterrado”
drama en tres actos



El desterrado, drama en tres actos

Vittorio di Girolamo

La presencia de Dante en Chile es ampliamente manifiesta y está corroborada por hechos documentables y concretos y personas de nuestro mundo universitario. Sin embargo, el drama “El desterrado” de Vittorio di Girolamo, ganador del premio “Teatro de ensayo” de la P.U.C.Ch. en el año 1999 va más allá; trae al personaje Dante Alighieri directamente sobre el escenario, reinterpretándolo libremente, a la luz de una fidelidad al espíritu que trasciende la fidelidad a la realidad histórica del tiempo.

El mundo cotidiano, el poético y el místico se entrecruzan en estas “vivencias dantescas” que el autor del drama relata e ilustra con su acostumbrada pasión y maestría.

The outcast, drama in three acts

Dante's presence in Chile is widely evident and it is backed up by documented and concrete facts and people from our academic environment. However, "The outcast" drama from Vittorio di Girolamo, winner of "Experimental Drama" prize from P.U.C.Ch. in 1999, goes further beyond. It brings the character Dante Alighieri straight on stage, re-interpreting it freely, to the light of a faithfulness to the spirit which transcends faithfulness to historical reality of time.

The daily, poetic, and mystical world, interweave in these "Dantesque experiences" which the author of the drama narrates and illustrates with his astonished passion and mastery.

“El desterrado”
drama en tres actos

Vittorio di Girolamo
Universidad Gabriela Mistral

Introducción

La presencia de Dante en Chile es ampliamente manifiesta y está corroborada por hechos documentables y concretos y personas de nuestro mundo universitario. Serían suficientes los nombres del prof. Joaquín Barceló y del poeta Raúl Zurita, para ratificarla. Sin embargo, el drama “El desterrado” de Vittorio di Girolamo, ganador del premio “Teatro de ensayo de la P.U.C.Ch.” en el año 1987 va más allá; trae al personaje Dante Alighieri directamente sobre el escenario, reinterpretándolo libremente, a la luz de una fidelidad al espíritu que trasciende la fidelidad a la realidad histórica del tiempo.

El reconocimiento otorgado a esta obra dentro del medio cultural chileno demuestra el interés que la figura del poeta sigue despertando en nuestro país. Di Girolamo pone en escena, junto con el poeta florentino, todo su mundo, el privado y el público; el exterior y el interior. Ese mundo contiene, además de las figuras reales del entorno que lo rodea, otras no menos reales, pero pertenecientes al pasado, que fueron personajes centrales en su obra y constituyeron una presencia fecunda e inspiradora en su vida intelectual; otras, finalmente, de orden espiritual, que iluminan con su resplandor el ámbito de la fe católica. Las primeras, en las escenas que hemos seleccionado, son las dos Beatrices, Beatrice la tercera hija de Dante (I, 1) y Beatrice la amada del poeta (III, c. 5); las segundas, –Virgilio, su guía en las dos primeras cánticas de la Divina Comedia (II, c. 4; III, 7 y c.5), Mecenas y Octaviano (II, cort. 4)–, pertenecen a la *Italia antiqua*; las últimas, que ocupan los escaños superiores de la *civitas caelestis*, son la Virgen María, Santa Lucía y el Arcángel Gabriel.

La primera escena despierta en el lector una profunda empatía hacia este ciudadano florentino expulsado de su patria, agobiado por los

años y los padecimientos, que se sabe al final del camino y está consciente de haber vislumbrado un reflejo de las verdades eternas. La realidad del hombre lo aplasta, el misterio de Dios lo desborda.

La segunda señala la afinidad secreta que liga al poeta, más allá que el tiempo y el espacio, a la Roma de Augusto y a su gente, en especial al entorno que rodea al emperador. Nuevo Virgilio, Dante se consagrará como cantor del Imperio Divino, dejándose atrás las dramáticas vicisitudes de su vida atormentada, y sobrepondrá a las más grande y gloriosa de las ciudades humanas, la incomparable *Civitas Dei*.

La tercera escena retrata al amante vehemente y apasionado, capaz de entregarse entero al placer de los sentidos, pero a la vez pensativo y titubeante, de algún modo consciente de que el acceso a esos 'estupores secretos' del alma debiera ser vetado a quien ha antepuesto el cuerpo al espíritu.

Habrà que trasladarse a otra esfera y otra dimensión, para hallar, en la cuarta escena, a la 'donna angelicata', la bella Beatrice, que con su amor trasfigurado podrá salvar al amado de los peligros de la concupiscencia.

Finalmente, en la escena final desfilan ante el poeta todos los personajes del drama, en una espléndida síntesis panorámica, entregándole el último saludo antes de que él atraviese el umbral que lo llevará a contemplar cara a cara el rostro de Dios.

El mundo cotidiano, el poético y el místico se entrecruzan en estas "vivencias dantescas" que el autor del drama relata e ilustra con su acostumbrada pasión y maestría.

Vittorio di Girolamo

He nacido y he crecido en Roma. Mis padres decidieron emigrar después de la segunda guerra mundial. En 1948 Chile era el País que recibía, sin condiciones, inmigrantes libres. Esta fue la razón de mi llegada a las orillas del Pacífico.

La navegación por el Atlántico, que duró más de dos semanas en un barco de carga de bandera panameña, me hizo vivir la lenta separación de Genova, del Mediterráneo y de Europa. Miré cielo y olas, sin tristeza y sin alegría, entregándome, recuerdo que serenamente, a lo Ignoto. El viaje en tren desde Buenos Aires hasta Mendoza, y el vuelo desde Mendoza hasta Santiago por encima de las cumbres andinas, me separó también del Atlántico, cuyas aguas tocan las costas de Europa y se unen a las del Mediterráneo.

Desde entonces, encerrado entre cordillera y océano, he querido asumir mi condición de ciudadano romano destinado a habitar en el "mundus

novus" americano, y a morir en su suelo. Junto con escalar cumbres y nadar, empecé a mirar mi pasado romano.

Y me dí cuenta que las distancias enormes dejaban de existir con el simple recuerdo de la Poesía mediterránea, la más familiar y la más amada. Homero, Virgilio y Dante fueron desde entonces, y lo son todavía en mi alma, las personas más concretas, los amigos principales de mi tierra lejana.

Desde mi matrimonio, en el mundo familiar, hogar y monasterio a la vez, he sentido el deber de comunicar todo lo que estos tres compañeros humanos, los seguros, me comunican, y no sólo en los momentos de soledad. El drama "El Desterrado" (o "Muerto en Exilio"), concebido en 1998, escrito en 1999 y presentado al concurso de dramaturgia del Teatro de Ensayo de la U. Católica en 2001, es uno de esos mensajes que entrego a los hermanos de América.

ACTO I ESCENA 1



Personajes:

HERMANA BEATRICE: Es Antonia, la tercera de los cuatro hijos de Dante; tiene 22 años.

FIAMMETTA, novicia de 16 años.

CIMONE, el hortelano del convento; tiene 39 años.

DANTE ALIGHIERI, poeta, y diplomático al servicio del noble Guido Novello da Polenta, señor de Ravenna, a la edad de 56 años.

(Ciudad de Ravenna. Es el día 8 de septiembre del año 1321. Pequeño patio de acceso al convento de monjas de Santo Stefano degli Ulivi. A la izquierda: La reja. A la derecha: Otra reja más pequeña, que da a la portería. Al fondo: Muro de piedra. Un banco de gruesa madera, pegado al muro. Un segundo banco, casi en el borde del escenario. En este último, está sentada la hermana Beatrice; a su lado derecho, de pie, Fiammetta mueve su brazo izquierdo a modo de péndulo, sosteniendo un canasto vacío con los dedos doblados en forma de rastrillo).

FIAMMETTA: *(pronuncia las palabras de a dos, haciendo coincidir cada una de ellas con los extremos del arco pendular).* Veinte... años; es... mucho;... tiempo... para;... un... libro...

HERMANA BEATRICE: Fiammetta, no es un libro como tantos otros... Es un poema... Los poemas deben ser largos.

FIAMMETTA: La madre Lucía nos ha dicho que es..., *(vuelve a ritmar con el movimiento pendular del canasto)*, una; co...mé; día...

HERMANA BEATRICE: Sí, es una Comedia.

FIAMMETTA: Entonces es un poema que hace reír... Debe ser divertido... ¡Perdón!... ¡Qué acabo de decir!

HERMANA BEATRICE: Está bien... A pesar de que mi padre me dijo una vez que nunca escribirá cosas que hagan reír a la gente.

FIAMMETTA: Entonces: ¿Por qué se dice que es una Comedia?

HERMANA BEATRICE: Veamos... Porque... porque, bueno; porque empieza muy mal y termina muy bien.

FIAMMETTA: ¿Cómo es eso?

HERMANA BEATRICE: Fíjate: Comienza en el Infierno... Y acaba en el Paraíso...

FIAMMETTA: ¡Nooo...!

HERMANA BEATRICE: Sí, Fiammetta, sí... Desde el Infierno, por el Purgatorio, hasta el Paraíso. *(Después de una pausa)* ¿Te gustaría viajar hasta la gloria de Nuestro Señor?

(Se persignan las dos)

FIAMMETTA: ¿Quiere decir, después de muerta?

HERMANA BEATRICE: ¡No! ¡Viajas cuando aún estás viva!, ¡así como eres en este momento...!

FIAMMETTA: ¿Llegar al Paraíso, yo, ahora?... ¡Uh! (*golpea las manos y se ríe*).

HERMANA BEATRICE: ¿Lo ves?... Te has reído... Cuando se piensa en el paraíso... empieza la alegría, y uno se ríe... Es inevitable. Por esta razón el poema que escribe mi padre es una Comedia... ¿Lo entiendes ahora? (*Fiammetta mueve la cabeza de arriba abajo. Luego se sienta en el banco, al lado de la hermana Beatrice, con el canasto sobre las rodillas*).

FIAMMETTA: Hermana, hace tiempo que quiero hacerle una pregunta.

HERMANA BEATRICE: ¿Tú sola... o todas las novicias?

FIAMMETTA: Ellas también quieren saber...

HERMANA BEATRICE: ¿Sí?

FIAMMETTA: ¡Oh, no...! ¡Qué vergüenza...!

HERMANA BEATRICE: ¡Vamos, puedes preguntarme lo que quieras!

FIAMMETTA: El nombre que eligió cuando entró al convento... Cuentan que...

HERMANA BEATRICE: Cuentan que es el mismo nombre de la mujer que mi padre ha amado durante toda su vida...

FIAMMETTA: (*exhalando un suspiro, aliviada*). Sí, esto es lo que cuentan...

HERMANA BEATRICE: Y dicen, además, que esa mujer, Beatrice, no es mi madre.

FIAMMETTA: ¡Oh!... ¡Dios mío, hermana! (*deja caer el canasto confundida*).

HERMANA BEATRICE: (*recoge el canasto y lo deja en el asiento*). Esto es lo que querías preguntarme... Esto es lo que querían saber Elena, Marta, Angela, Giannetta... (*después de una pausa*) ¿Cómo contestarte?... Es una respuesta algo difícil de dar... Te lo explicaré algún día, te lo prometo.

FIAMMETTA: Perdón, hermana... ¡Qué tonta he sido!...

HERMANA BEATRICE: No has hecho nada malo. No te disculpes. (*Se pone de pie. Da algunos pasos hacia el fondo. Se detiene, se da vuelta y mira fijamente a la novicia*). Además: No tiene sentido callar, si mi padre lo ha confesado todo por escrito.

FIAMMETTA: (*sorprendida, se levanta del asiento y corre al lado de la hermana Beatrice*). ¡Qué hice, hermana! La he obligado a decirme parte de su secreto.

HERMANA BEATRICE: (*sonriendo, toma las manos de Fiammetta*). Te he asustado. No dejes jugar a tu imaginación.

FIAMMETTA: Pero, Ud. sufre mucho por esto, ¿verdad?

HERMANA BEATRICE: No, Fiammetta, no sufro por esto. Todo lo contrario...

FIAMMETTA: (*no puede frenar la lengua*). ¿Y su pobre madre, doña Gemma?...

HERMANA BEATRICE: (*adivinando el pensamiento de la novicia*). Ya veo... Es posible verlo de esta manera: La hija de una mujer traicionada por su

esposo..., aquí viene lo extraño,... toma el nombre de la amante de su propio padre.

FIAMMETTA (casi gritando): ¡Oh, no!... ¡Virgen Santísima! No quise decir esto, hermana Beatrice. Créame: no pasó por mi mente.

HERMANA BEATRICE: Mi nombre, Beatrice, significa: la que dona el bien; la que da beatitud... La Beatrice real, la hija de Folco Portinari, de Florencia, ayudó a mi padre a buscar las verdades del cielo; le enseñó a amarlas. *(Después de una pausa)*. Cuando tomé el hábito, elegí el nombre de ella porque me propuse dar beatitud, dar el bien a las almas que sufren. *(Después de un silencio, las dos mujeres vuelven al banco en el borde del escenario. Se sientan)*.

HERMANA BEATRICE: ¿Qué te preocupa ahora?

FIAMMETTA: Antes de partir a Venecia, el señor Alghieri me prometió... que... me relataría unos versos... Esos versos que ha dedicado al Paraíso Terrenal... En los que cuenta... su encuentro con Matelda... Ud. sabe... Espero, bueno: quiero decir, ojalá me los traiga hoy.

(Entra Cimone, el hortelano, por la reja de la izquierda. Empuja la carretilla cargada con dos grandes sacos llenos con tierra. También lleva un balde, pala y rastrillo. Deja la carretilla cerca de la entrada a la portería.)

HORTELANO: *(secándose el sudor en la frente y limpiándose las manos con el delantal)*. Hermana, su padre ya sube por el sendero... Parece muy fatigado.

HERMANA BEATRICE: *(se levanta del asiento)*. Fiammetta, si el señor Alighieri trae esos versos, me los entregará; puedes estar segura... Ahora, vete. He de conversar cosas familiares con él. *(Se quita el largo delantal, lo tira en el canasto que pasa a la novicia)*. Llévate todo esto. ¡De prisa...! *(Fiammetta sale por la derecha)*.

HERMANA BEATRICE: *(a Cimone)*. Dice que se ve fatigado. Debe estarlo. Este viaje que acaba de hacer a Venecia, como embajador del señor Guido, lo ha debilitado aún más... Casi no come: pan y fruta, a veces pescado... Nada más.

HORTELANO: Lo viera ud., hermana, vagar todo el día por el pinar; solo, que parece un mendigo. *(Después de una pausa)* Yo creo que se esconde de la gente.

HERMANA BEATRICE: Y en la noche, en vez de dormir, escribe. Escribe, escribe... ¿Que parece muy fatigado?... ¡Se halla en el límite de su resistencia física! Esto es lo que le sucede a mi pobre padre, Cimone.

HORTELANO: Ya ha pasado los cincuenta. ¿No es así? A esta edad no se hacen viajes tan largos, montado en mula, navegando en una balandra; ¡y menos en septiembre!...

(Ordena las herramientas y descarga lo dos sacos).

HERMANA BEATRICE: (*lo interrumpe*). Ha jurado terminar el poema ahora, en estos días. Cuando vino a despedirse antes de partir a Venecia, estaba algo exaltado. Me apretó las manos con fuerza. "¡Hija mía... los he visto, los he visto!" repetía, fuera de sí.

HORTELANO (*interrumpe su labor. Apoya ambos brazos a la pala*): ¿Qué vio esta vez?.

HERMANA BEATRICE: Decía: "Su luz. Y en la Luz: Tres círculos". Esto es lo que vio.

(*El hortelano camina en dirección a la hermana Beatrice, y se detiene a su lado. Ahora los dos dan la cara al público, parados al borde del escenario*).

HORTELANO: ¿Tres círculos?... ¿Dónde los vio? ¿Cómo eran?

HERMANA BEATRICE: Se lo pregunté, Cimone... "¿Qué luz, padre? ¿Cuáles círculos?"

HORTELANO: ¿Y?

HERMANA BEATRICE: Movía las manos, como si trazara figuras en el aire. "Beatrice, no podremos saber jamás la relación entre la circunferencia y el diámetro; a pesar de que"... (*se esfuerza para recordar*), "a pesar de que"... ¡Ah, sí!... "a pesar de que el diámetro es el lado del cuadrado que encierra a la circunferencia".

HORTELANO: Y todo esto ¿qué quiere decir?.

HERMANA BEATRICE: Yo insistía: "Padre, ¿cuáles círculos?"

(*Dante Alighieri entra por la reja de la izquierda. Se detiene. Escucha las palabras de su hija, mientras esta prosigue su narración*).

HERMANA BEATRICE: De pronto él cerró los ojos. Sonreía.

(*Imita la voz de su padre*) "Nunca podré explicarlo... Ya no escribiré más. Nada más quiero saber. Estoy totalmente saciado por haberlos visto". Le rogué entonces, por última vez: "Padre, te suplico: ¿Qué significan estos tres círculos?". "¿Tres círculos, hija? No: Eran tres, pero uno solo. Era uno solo y los tres." "¿Y esto qué significa?". Él dijo finalmente: "Es el Gran Misterio, Beatrice. El Misterio de la Trinidad Santísima".

(*Cimone rezonga, incrédulo. Se vuelve hacia la reja. Ve a Dante*)

HORTELANO: Buen día, mi señor.

(*La hermana Beatrice se sorprende por la llegada imprevista del padre. Pero logra dominar su emoción y permanece sentada, dando la espalda a Dante.*).

DANTE: "Exultavit spiritus meus... In deo salutari meo" (tose).

HERMANA BEATRICE: (*junta las manos, pegadas al pecho, cierra los ojos y levanta la cabeza. Canta*). "Quia respexit humilitatem ancillae suae"... "Ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes".

(*Deja que su padre termine*).

DANTE: "Quia fecit mihi magna qui potens est". (Tose. Repite) "Qui Potens Est".

(Un viento súbito agita el follaje de los pinos que encierran al convento. Caen algunas hojas de otros árboles. La hermana Beatrice se pone de pie, asustada. Los tres dirigen sus miradas a las nubes. El viento se calma. Dante se sienta en el banco adosado al muro de fondo. Beatrice se ha quedado en su lugar, de pie. Cimone intenta salir. Titubea. Finalmente se sienta en uno de los sacos).

DANTE: *(estira el brazo en dirección a su hija, mostrando un rollo de pergamino)*. Aquí he copiado los versos en los que hago cantar a Matelda. Son para Fiammetta.

HERMANA BEATRICE: *(camina hacia su padre. Recibe el rollo)*: Ella los esperaba... ¿Cómo te sientes hoy?

DANTE: No deberías preguntarlo. Hemos cantado juntos el “*Exultavit spiritus meus*”: “Mi alma exulta de alegría”, mi pequeña Antonia... Es la alegría por dejar este mundo perverso.

HERMANA BEATRICE: ¿Por qué, por qué insistes en pensar en morir? *(Cimone sale por la reja izquierda)*.

DANTE: Estás asustada.

HERMANA BEATRICE: Sí, estoy asustada. Asustaste a Cimone también. Hemos llegado a creer que quieres morir.

DANTE: No temas, Antonia. Yo no busco a la muerte; la espero, sí... Y la estudio... Nos conviene familiarizarnos con ella.

(Se levanta del asiento, con cierta dificultad. Pasea por el patio). Fueron necesarios veinte años de exilio, para comprender que mi patria no es solamente Florencia... La nostalgia que tú y yo sentimos por nuestra ciudad, nos ha enseñado a sufrir una nostalgia muy superior: Ahora no sólo añoramos a San Martino del Vescovo, al Arno, a Santa Croce... Queremos volver a la Patria del Cielo. Aun si nos dejaran retornar a Florencia, no estaríamos seguros, hoy por hoy, de que alcanzaríamos a la meta más deseada. ¿No es verdad, Antonia?

HERMANA BEATRICE: Es verdad, padre.

DANTE: Nos han obligado a ser extranjeros... Pues bien: lo hemos aprendido. Estoy hecho un extranjero. Pero los jueces no sabían que con este castigo abominable nos volveríamos ciudadanos de la Jerusalén Celestial.

HERMANA BEATRICE: *(conmovida por las palabras recientes de su padre)*. Sé que sufres mucho, de todos modos... Yo y las hermanas le pedimos al Señor que el gobierno de la república te abra las puertas de nuestra ciudad, sin condiciones.

DANTE: Tú lo has dicho: “sin condiciones”. Cosa improbable... *(Vuelve a sentarse; esta vez en el banco en la orilla del escenario)*. Te he enseñado, Antonia, que no debemos pedir al Señor que nos quite la cruz que Él mismo nos ha puesto encima. No debes rezar con este fin. *(Indica el rollo que la hermana Beatrice aprieta con las dos manos, nerviosamente)*. ¿No vas a leerlo? No es un texto secreto.

HERMANA BEATRICE: *(como si despertara de golpe)*. ¡Ah... Sí, sí... ¡Voy a leerlo ahora mismo.

(Hermana Beatrice desenrolla el pergamino. Lee. Entra Cimone, que trae el pan envuelto en un lino blanco. Dante y su hija no advierten su presencia).

HERMANA BEATRICE: Dos ríos, desde una única fuente: Leté y Enoé.

Dante *(la corrige)*: E-u-noé. La *u* es importante. Eunoé es palabra griega. Significa "Buena memoria" *(se toca la frente con los dedos estirados de la mano derecha)*, o "Recuerdo del bien".

HERMANA BEATRICE: Leté y Eunoé. ¿Crees que existen de verdad, en el Paraíso Terrenal?

DANTE: ¡Oh, sí... Existen. No sé donde. Pero he sabido que existen. Mi informante jamás miente.

HERMANA BEATRICE: *(ve a Cimone)*. No lo vas a creer, Cimone: El agua de un río, el Leté, nos borrará el recuerdo de nuestros pecados. Y el agua de otro río, el Eunoé, nos hará recordar solamente las cosas buenas.

HORTELANO: No hay dudas de que es una solución conveniente. Es fácil decirlo, Señor Alighieri..., olvidar las cosas malas, y recordar sólo las buenas. Yo no voy a hacerlo. Mis obras malas las tengo muy presentes. Quiero recordarlas, para estar preparado para el Juicio Final.

DANTE: ¿Y castigarte así tú mismo? No, Cimone. Nadie más que Nuestro Señor Jesucristo tiene el derecho de castigar o perdonar nuestros pecados, en el Día del Juicio...

(Se acerca al hortelano, y le pega en la frente con el puño) Cimone, Cimone cabeza dura... Para subir al cielo no bastará que estemos limpios de pecados; hará falta que estemos limpios también del recuerdo de ellos. ¿Lo entiendes?.

HORTELANO: Bueno sería... ¡Adiós pesadillas! *(Abre los brazos. Deja caer al suelo los panes)*. ¡Los panes! *(Se arrodilla para recogerlos)*.

HERMANA BEATRICE: ¡Cimone!...

(Se arrodilla ella también, y lo ayuda a juntar los panes. Dirige la palabra a Dante).

HERMANA BEATRICE: Los ha cocido la Spina, como lo hacía mi madre en Florencia.

DANTE: *(Dante se ha arrodillado a su vez, con otras intenciones; parte un pan en tres pedazos)*. Toma Cimone..., esto es para Antonia, y este pedazo para mí. *(Comen los tres)*. Cuando Gemma sacaba los panes del horno y los traía a la mesa, su perfume dictaba un verso a mi mente... Un verso que yo recitaba en voz alta de inmediato. ¿Lo recuerdas, hija?... ¡Eh, sí!...

Digamos juntos con Francesco de Asís: "Un pedazo de pan, un sorbo de agua, y paz, son mi solaz".

(Cimone pasa a Dante un cántaro con agua. Beben los tres del mismo, pasándoselo de mano en mano. Tocan las campanas del convento. Todos miran en dirección a la portería).

HERMANA BEATRICE: ¡Las vísperas! *(Se pone de pie, de un salto)*.
“Pax Domini”, padre.

DANTE: “Pax tecum”, Antonia.

(La hermana Beatrice sale, corriendo, por el lado derecho).

DANTE: Ayúdame, Cimone. Esta tarde sí que estoy débil... ¡Qué vergüenza!... ¡A mi edad!...

HORTELANO: *(le ayuda a levantarse)*. Este viaje suyo, señor, justamente en esta época...

DANTE: Hermosa estación del año, Cimone... ¡Qué bien se parece a mí!

HORTELANO: *(no ha prestado atención a lo que acaba de decir Dante)*.

Son los días de los últimos calores y de los primeros fríos... A su edad, enfermo como está... ¿Y por qué Ud.? *(Ríe, despectivamente)*. Quienes cometen los delitos pocas veces los pagan personalmente. Quien paga los daños es otro. Primero permiten que robemos naves venecianas... Después su Señoría don Guido teme las represalias de las galeras de San Marcos, y ¿qué hace?... Lo envía a ud... Me imagino cómo le habrá hablado mi Señor Guido Novello. *(Imita la voz y los gestos de Guido da Polenta)*. “Dante Alighieri, a Ud. Lo conocen en Venecia. ¡Uh! ¡Cómo lo admiran!... ¿Quién escribe como Ud.? Nadie. Y nadie le supera en saber hablar. Invente Ud. razones: qué esto, qué lo otro... Me comprende, ¿verdad?... Y los de la Serenísimas se sentirán satisfechos. Así todos quedamos en paz”. *(Habla de nuevo con su voz natural)* ¿Lo acompaño a su casa?

DANTE: *(que ha escuchado, sonriendo)*. “Qué esto, qué lo otro”... Sí, no es difícil inventar los argumentos que justifiquen ciertas acciones premeditadas. Por ejemplo: Por esto y por lo otro, como tú dices, Dante Alighieri ha sido desterrado de su patria... *(pausa)*. Anda, vuelve a tus fatigas, hortelano; que las mías he de saberlas yo solo; yo solo he de vivirlas, *(levanta una mano)*, en compañía de los ojos infinitos que nos miran del cielo.

(Después de un momento de incertidumbre, Cimone sale por la izquierda).

(El coro de las monjas colma, gradualmente, el patio ya en penumbra. Otras voces lejanas y ladridos de perros se mezclan con el coro. Dante camina hasta el borde del escenario. Se sienta en el banco. Apagón).

ACTO II CORTINA 4



PERSONAJES:

OCTAVIANO, futuro emperador romano César Augusto.

MECENAS, amigo de Octaviano y de Virgilio. Es el anfitrión.

VIRGILIO, poeta; amigo de Octaviano.

(Casa de Mecenas, en Atella. En los días posteriores a la batalla de Actium, en la cual las fuerzas de Octaviano han derrotado a las de Antonio y Cleopatra. Terraza inundada de sol. Al fondo: telón con campiña verde, colinas de laderas suaves, cubiertas de viñedos. En el extremo derecho: Octaviano, sentado de espalda al público, contempla el paisaje. Inmóvil, casi enteramente cubierto por su blanca toga, se diría que es una escultura de mármol.

En el centro de la terraza: una mesa de bronce, pequeña y redonda, con fuentes de greda llenas de frutas, panes y quesos. Pegado a la mesa, de pie, se halla Mecenas. Está comiendo algunos de esos alimentos, mientras conversa con Octaviano).

OCTAVIANO: Insisto. Mis informantes aseguran que son muchos los poetas jóvenes que leen versos en los pórticos.

MECENAS: Versos, sí, muchos... Demasiados versos. Versos breves, creo yo. *(Se limpia los labios con un paño de lino. Vierte vino en una copa y bebe. Abofetea el aire con una mano, como ahuyentando algo que parece asediarlo).* Tantos versos como las hojas caducas de un bosque en otoño. Esos poetas jóvenes a los que tú te refieres, encienden amores estériles; suscitan pasiones desenfadadas, aplauden al egoísmo.

(Se sienta casi frente a Octaviano. Golpea, lentamente, la palma de la mano izquierda con el puño derecho). Tantos poetas... ¿De qué sirven, si ninguno de ellos será capaz de escribir el Poema?

OCTAVIANO: Tanto te atormenta un poema. *(Sigue inmóvil como estatua).*

MECENAS: *(lo corrige).* Hablo del Poema..., *el...* Poema. *(Se golpea el pecho con una mano)* Nuestro Poema... El Poema de Roma. *(Pausa).* Livio tiene razón. En Italia ya no se rinde el culto a la pobreza y a la sencillez, ahora los romanos tienen hambre de modas extravagantes, de placeres contra natura; cosas venidas de Asia...

OCTAVIANO: *(lo interrumpe).* Los romanos, ¡no!... Quieres decir las sectas que han invadido la Urbe, para vender sus vicios a nuestro pueblo, ignorante e ingenuo. Gente venida de las provincias lejanas.

MECENAS: Está bien, las sectas... Pero aquí están. Han estimulado el apetito insaciable por las fiestas en los anfiteatros y en los circos. Algún día se podrá gobernar al pueblo de Roma dándole pan y circo... Entre los jóvenes se desprecia a los legionarios, especialmente a los que vuelven de las guerras; los veteranos, cojos, mutilados, ciegos... Nadie cree ya en el deber de servir a la Patria, y de venerar a los antepasados... Se evita el trabajo en cada ocasión posible, y todo esfuerzo físico que beneficie al prójimo.

OCTAVIANO: Mecenas, basta ya. *(Señala con el brazo en dirección a la izquierda).* Veo a Virgilio subir por el sendero. *(Vuelve al tema de la conversación).* Creo que exageras. Los jóvenes, en Roma, todavía prefieren la poesía de los mayores.

MECENAS: *(sorprendido).* ¿A cuál te refieres?

OCTAVIANO: Me refiero a hechos concretos: Ellos compran, a precios excesivos, copias de Homero... Especialmente de la *Odisea*... Sé, por ejemplo, que el hijo de Servio ha entregado sus dos caballos, ¡esos caballos!, al escriba griego Metión, a cambio de las copias, en latín, pero incompletas, de tres libros del Poema de Homero.

MECENAS: ¡Oh! Esto lo sabía... ¡Cuánta generosidad! ¡Cuánto amor por las letras griegas!... Pero ¿con cuáles resultados? Debo decírtelo: El astuto, el mentiroso Ulises, príncipe del engaño, es ahora su modelo. *(Se pone de pie, camina por la terraza, desconsolado).* Y es su modelo el cruel Aquiles. *(Persuasivo)* Octaviano, los jóvenes de Italia ignoran a Cincinato, a Regolo, a Escipión.

(Entra un sirviente. Antes de hablar, espera una pausa del diálogo).

SIRVIENTE: En el atrio ha llegado Virgilio Marone.

OCTAVIANO: Está bien... Que espere. Lávale los pies... Ofrécele jugo de limón. Te avisaremos.

(El Sirviente sale).

MECENAS: *(con actitud paternal).* Ayer has oído su lectura de las *Geórgicas*... No es posible negar que nos ha estremecido. Él sí, podría...

OCTAVIANO: Virgilio es el único que sabe escribir un Poema. Si tú me lo

permites, yo le hablaré ahora del Poema de Roma. No me faltarán las palabras adecuadas para convencerlo.

OCTAVIANO: (*gira, con su asiento, hasta dar con su cara al público. Mecenas lo ayuda, porque está afiebrado, por infección a la garganta.*)

Deja que le hable yo.

MECENAS: ¿Y si se negara a escribirlo?

(*Octaviano no contesta. Hace un gesto con la mano, Mecenas comprende y sale. Poco después vuelve, acompañado por Virgilio. El poeta estrecha la diestra de Octaviano, sin pronunciar palabra. Se hace evidente, desde este saludo, que él y Octaviano comparten el gusto por una conducta avara en la expresión. Virgilio se encamina al borde de la terraza, y queda allí, taciturno, mirando el paisaje.*)

MECENAS: (*que adivina su estado de ánimo*). Son campos fértiles, benditos por los dioses...

(*Sigue silencio*).

MECENAS: Mucho le debe este suelo de Campania a la pródiga Ceres...

VIRGILIO: (*su hablar es particularmente lento, musical*). Suelo labrado por nuestros campesinos itálicos, con generoso, con paciente oficio.

OCTAVIANO: (*a Virgilio*). Entre los versos que has leído ayer, recuerdo unos que has dedicado a un campesino anciano...

VIRGILIO: (*sigue contemplando los campos*). Un anciano de Córico.

OCTAVIANO: ¿Lo inventaste, o lo conociste de verdad?

VIRGILIO: (*se da vuelta, y queda en el mismo lugar*). Era un viejo, amigo de mi padre. Solíamos visitarlo en los meses del verano... Trabajó él solo sus pocas hectáreas, hasta que murió. Sobre la mesa siempre tenía queso y pan, algunas nueces, frutas... y flores... hermosísimas flores silvestres. A esos sabrosos alimentos agregaba un jarro de greda, con agua transparente como el aire, y fría... Y todo lo ordenaba con gran cuidado para los viajeros que necesitasen descansar en su cabaña. (*Pausa*). Todos alimentos que producía él mismo, en una tierra casi estéril... con gran esfuerzo e inalterable alegría... Él me decía: "Mi fatiga, no sabe de fatiga".

OCTAVIANO: Exactamente como lo cuentas en tus versos.

MECENAS: (*a Octaviano*). En su poesía no inventa lo que escribe.

VIRGILIO: No es necesario inventar a un hombre bueno. Los hay. ¡Cuántos! (*Pausa*) Ese anciano de Córico, su fatiga sin fatiga, es la verdad que podemos aprender... ¡Imitemos sus virtudes, Octaviano! (*Vuelve a mirar el paisaje*).

(*Mecenas y Octaviano se miran. Sonríen. Evidentemente el tema del diálogo favorece sus intenciones*).

OCTAVIANO: (*a Virgilio*). Come un poco de ese queso de Ercolano. (*Virgilio va a la mesa y se sirve*). ¿Alguna vez has pensado escribir un poema? Quiero decir, algo así como una Odisea, pero sobre Roma. Te ordeno que empieces a escribirlo de inmediato.

(Virgilio mira a Mecenas, con el propósito de comunicarle su estupor por la pregunta totalmente inesperada. Octaviano, inmovible, estático como una piedra, insiste).

OCTAVIANO: ¿Qué sabes tú del origen del pueblo romano, de la Urbe?

VIRGILIO: *(aprovecha la pregunta para defenderse del tremendo encargo que acaba de recibir).* Casi nada.

MECENAS: *(ríe).* ¿Cómo que casi nada?

VIRGILIO: Solamente esos hechos que, en otros tiempos, enseñaban el padre y la madre a los hijos.

MECENAS: *(se acerca al poeta. Le golpea un hombro con la mano):* En Roma no faltan documentos. Te los podría procurar ¿no? Por lo demás, sé que te has preocupado últimamente de nuestros orígenes... Y que tienes tus propias ideas al respecto.

OCTAVIANO: *(picado por la curiosidad).* ¡Ah! Ideas personales sobre los orígenes... ¡Nada menos!

(Virgilio calla. No quiere que se siga hablando del asunto).

MECENAS: Yo las conozco, Octaviano. Virgilio excluye la paternidad itálica de Roma. Nuestra raíz sería un héroe homérico...

OCTAVIANO: Esto es bueno...

MECENAS: Pero no es un griego, no es un guerrero victorioso; es un troyano, un guerrero derrotado.

OCTAVIANO: *(ríe, apenas).* Un héroe, que pierde la guerra. Es difícil de aceptar...

VIRGILIO: *(obligado a clarificar).* Un héroe derrotado, que además ha perdido su hogar, a su mujer, a su madre; que huye de su ciudad en llamas... Un fugitivo, que vive el espanto del exilio...

(En ese momento se enciende el extremo izquierdo del escenario. Aparece el asiento de la primera escena del acto primero. Allí esta sentado Dante Alighieri, a la edad de 56 años).

DANTE: Un fugitivo que vive el espanto del exilio.

OCTAVIANO: Un guerrero derrotado, y exiliado. ¿Qué puede enseñarles a nuestros jóvenes un personaje tan desafortunado?

MECENAS: *(a Virgilio, casi al oído).* Contéstale...

VIRGILIO: Les puede enseñar que debemos obedecer a la voluntad de los dioses... Que estamos sometidos al hado, ineludible diseño de nuestras vidas... Al que debemos aceptar, no como a la ciega noira de los griegos, sino como al proyecto que la providencia divina ha hecho con cada uno de nosotros, para sus fines superiores... Y Roma, Octaviano, Roma obedece a un fin superior.

DANTE ALIGHIERI: El fin superior del imperio.

VIRGILIO: Nuestro héroe es Eneas, aquel que Homero pensó como el príncipe troyano preferido por los dioses por su piedad...

OCTAVIANO: Un hombre religioso...

VIRGILIO: Ligado por vida a las cosas superiores; nacido para tener acceso al Misterio.

(Larga pausa. Entran un sirviente y una hermosa joven).

OCTAVIANO: ¡Claudia!... Mecenas, Virgilio, no aprenderemos los secretos de la belleza, contemplando esta campiña, solamente... ¡Claudia, enséñame algunos otros secretos!... *(Sale, apoyado al sirviente, y tomado del brazo de la mujer).*

MECENAS: *(a Virgilio).* Me voy... El Poema es tuyo. La bella Claudia dará paz a los miembros inquietos de Octaviano. Y Fulvia a los míos. Fíjate bien: Octaviano te ha dado una orden: ¡Escribe! *(Sale).*

VIRGILIO: No seré capaz de contar las aventuras de un príncipe derrotado; su fuga, sus penas durante el largo exilio, acompañado solamente por su único hijo y por su padre anciano... *(Entra la madre de Virgilio por la derecha. Virgilio se cubre el rostro con ambas manos).*

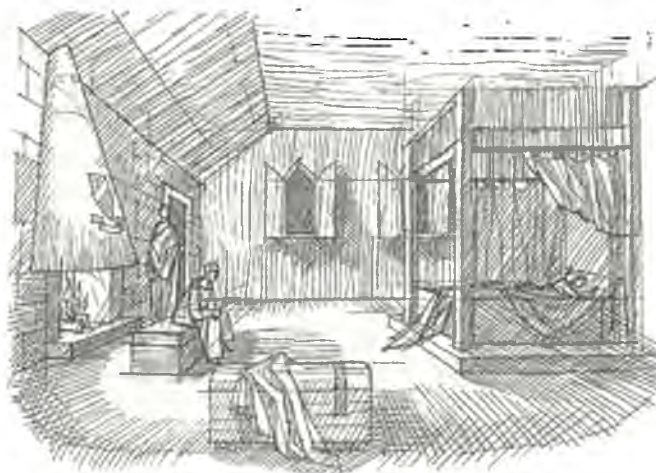
VIRGILIO: Madre... Madre perdida para siempre... ¿Qué me dirías si estuvieras todavía cerca de mí?

MADRE: Hijo... Tú puedes... Recuerda el día en que tu padre recibió la orden de abandonar nuestro campo cultivado... Dejar la casa que tanto me gustaba ordenar... Recuerda ese día... El centurión golpeó la puerta, entró, irrumpió en nuestro peristilio... ¡Con cuánta arrogancia le decía a tu padre: "La casa es suficiente para alojar a dos familias de veteranos. Son los mejores soldados de mi legión... Vuestra tierra les ha sido asignada..." *(Le acaricia el pelo).* Tú sabes, hijo, el dolor por perder lo que más amábamos... Como tu padre y yo elegimos, atontados, las pocas cosas que pudimos llevar con nosotros... Cosas sin valor... pero los recuerdos más secretos. Tú no puedes negarte a escribir la historia de un hombre que debió ser una persona humillada como lo fuimos nosotros tres, ese día... Escribirás el Poema del dolor... *(Se va, silenciosamente).*

VIRGILIO: ¡Madre!... ¿Me hablabas?... ¿Eras tú?... La tradición, la que mi padre y tú me enseñabais, algo decía de ese héroe troyano... De sus sufrimientos, por los que hemos merecido y heredado la grandeza de Roma. ¿Solamente por tanto sacrificio, es posible la justicia futura, la paz futura?

DANTE: Escribiste el Poema... Has narrado el viaje de un prófugo; yo he escrito mi propio viaje; mi larga ausencia de la Patria... *(Apagón).*

ACTO III ESCENA 7



PERSONAJES:

AMANTA, empleada (*no aparece en escena*).

ANTONELLA, mujer amada por Dante; tiene 30 años.

DANTE ALIGHIERI, a la edad de 41 años.

VIRGILIO, poeta mantuano. (*Es un fantasma*).

(Localidad de Lunigiana. Mes de octubre del año 1306. Dormitorio en el castillo de los marqueses de Malaspina. En el muro de la izquierda: chimenea encendida. Pegada al muro de la derecha, una cama grande. Entre la cama y la chimenea, en el suelo: pieles, alfombras, cojines; y una pequeña mesa con cajón. En la pared de fondo: pequeña ventana. Una mujer está sentada en el suelo, junto al fuego. Viste una túnica azul claro, casi transparente. Lee, en voz alta, por enésima vez, la carta que le ha escrito Dante).

ANTONELLA: “Yo temo que, en uno de estos días, me pidas no decirte más mis esperanzas secretas. Mi esperanza de compañía, esperanza de una compañera afectuosa. Temo que tú (la mujer que ha sido hasta el momento prudente, temerosa y justa), me impidas darte tanto amor, que es creado continuamente (*¿por quién?*), en mi corazón. El amor que, desde la fuente, quiere surcar el valle, entre las colinas, y desembocar en el océano, atravesando primero el hermoso jardín, su meta natural. ¿Puede el arroyo, que nace en la alta montaña, llevar sus aguas cristalinas de nuevo a las cumbres nevadas?...” (*Antonella interrumpe la lectura*) ¡Oh! ¡Ahora entiendo lo que has querido decirme, Dante! (*Besa la carta. Sigue*)

leyendo)... "El arroyo y mi amor nacen en fuentes igualmente solitarias y silenciosas. Y, desde el cielo azul, agua y boca bajan en busca de otro beso, que sólo será dado en la orilla del océano, que lo espera. ¿Cómo es tu océano? No lo impidas. Firmado: Dante".

(Antonella abre su túnica en el pecho y apreta la carta contra sus senos desnudos, mientras echa atrás la cabeza, suelto el cabello, los ojos cerrados. De pronto golpean la puerta).

ANTONELLA: ¿Quién golpea?

AMANTA: Soy yo, Amanta.

ANTONELLA: ¿Qué quieres ahora?

AMANTA: *(abre y asoma su cara)*. El Señor Alighieri ha llegado.

(Antonella se pone de pie. abre el cajón de la mesita, esconde allí la carta. Corre a la cama)

ANTONELLA: Que suba.

(Sigue un periodo de silencio. Luego la puerta se abre. Aparece Dante, semejante a un espectro, envuelto en capa gris con capuchón, e iluminado desde el suelo por las llamas de la chimenea).

ANTONELLA: *(estira sus brazos y manos)*. Ha pasado una eternidad desde la última vez.

(Dante desata el cordón de la capa, que deja caer al suelo. Avanza hasta la cama; apoya una rodilla en el borde del colchón, y se desliza como un reptil sobre el cuerpo de ella. La luz de la chimenea no alcanza a iluminarlos. Sobre el lecho se puede distinguir una vaga masa en constante movimiento).

ANTONELLA: Tu carta, tus palabras, lo que me escribes...

(Ahora se oyen solamente susurros, que se confunden con la lluvia que principia a caer. Una lluvia suave, como un velo musical. A veces, estallidos en la chimenea).

ANTONELLA: ¡Acaríciame... háblame al oído... repite nuestros secretos nocturnos!... Así *(como quien oye cosas que ha esperado saber)*. Sí, sí... Lo haré, lo haré... ¿Cómo sabes pedir!... No calles..., dílo una y otra vez...

(Otro momento de silencio).

ANTONELLA: *(con voz de una creatura herida en el pecho)*. ¡Háblame más!...

DANTE: Conoces cada uno de mis pensamientos... Sabes mis proyectos... Compartes mis recuerdos. Tú, en cambio, no me dices nada de tu vida.

ANTONELLA: ¿Decirte qué?... Mi cuerpo te pertenece... He perdido el pudor, contigo... Haces lo que quieres con mi cuerpo. Lo que a ti te gusta, a mí me hace gozar.

DANTE: Me das tu cuerpo... ¿Y qué más?

ANTONELLA: ¿Crees que me entregaría cada vez así, si no te amara también?... He sido toda tuya desde que me miraste la noche de tu aparición primera, en este castillo de mis primos...

DANTE: Mía... Pero no solamente mía.

ANTONELLA: Por favor, no me interrogues más. Yo no pregunto. Sé que has amado a muchas...

DANTE: Te imaginas cosas...

ANTONELLA: Vienes donde los Marqueses de Malaspina... Mi primo Franceschino me da la noticia así: "Es el Alighieri, el florentino". "Viaja solo. Desde hace cinco años vive en el exilio". Entonces pensé: Un florentino, solo, a los cuarenta, no despreciará la compañía de mujeres sin escrúpulos, que gustan de la cama, como Eva en la isla del Paraíso Terrenal.

DANTE: Mujeres como tú, isleña de este dormitorio... Pero tú eres la más bella... Tu mirada es el cielo, tu boca la nube, tu aliento la brisa... Tus senos, las dos colinas... Tu vientre es el valle donde descansa la cabeza del guerrero fugitivo... Y, en medio de la quebrada, los tesoros del jardín secreto...

ANTONELLA: ¡Así! ¡Así!... ¡Más, más! Acaríciame... Te echaré tanto de menos... ¡Ah!... Dante mío.

(Silencio. La mujer se ha dormido. Dante, saciada su sed de amor carnal, se arrastra sobre la cama hasta dejarse caer al suelo. Se dirige, de rodillas, a la chimenea. Echa unos palos al fuego, y contempla las llamas renovadas. Se sienta en la banquetta. De pronto, el fuego ilumina a una figura blanca, detrás de él. Es el fantasma de Virgilio, vestido con su toga).

DANTE: *(señala con un brazo a Antonella; y la mira)*. Siento como si le hubiera donado cosas que ni siquiera me pertenecen a mí. ¡Cuántas palabras le he dicho, le he escrito! ¿No crees tú que las Musas nos dan esas palabras para todos, o para nadie; pero nunca para una persona sola?

VIRGILIO: El verso poético es de todos, o de nadie. Nunca de una sola persona; ni siquiera es del poeta, o de la mujer que él ama. Las Musas no regalan; prestan los versos. Tienes razón, Dante.

DANTE: Antonella ha sabido por mí las penas... Ha gozado junto a mí los pocos momentos de alegría. Pero ha sucedido algo grave, maestro Virgilio.

VIRGILIO: Me lo imagino.

DANTE: Le he dejado ver mis estupores secretos. ¿Debía hacerlo?

VIRGILIO: La luz del alma ilumina, sin que ella misma lo sepa. Pero no es bueno decir a la mujer, o al amigo. "Ven, te guiaré por mi mundo secreto". Las Musas no volverían más... ¿Le has dado lo mismo que a Gemma?

DANTE: Nunca eso mismo. Gemma es Florencia... Gemma es San Martino del Vescovo... Ella *(indica a Antonella)*, ella es... una nave que pasa frente a la costa... preciosa como un cáliz de oro, marfil y esmeraldas. Gemma, en cambio, es, lo que éramos todos: Manetto y Forese; Guido,

Vanna, mis padres, el Consejo de los Cien... Yo he perdido el corazón que tenía en Florencia... (*se toca*). Este cuerpo no es el mío; a pesar de todo, me esfuerzo en ser lo que era... en amar como lo hacía, para no dejar de ser yo: Dante, hijo de Alighiero Alighieri, ciudadano de la República libre de Florencia.

VIRGILIO: Yo también, cuando nos echaron de las tierras de Mantua, me esforcé en no perder el cuerpo y el alma del Virgilio niño y feliz... Pero esto es imposible, hijo. Es preciso que aprendas a ser tú, despojado de lugares, de personas y de cosas que formaban el mundo cotidiano. Has tenido el privilegio de nacer después de la Encarnación del Dios verdadero. ¿No ha enseñado, Él, que debemos abandonar todas las cosas que habíamos coleccionado como tesoros personales, dar nuestras riquezas a los pobres?...

DANTE: (*termina la cita de Virgilio*). Tomar su cruz, y seguirlo.

VIRGILIO: (*con voz firme*). Pues bien, Dante. Deja de lamentarte: toma tu cruz, acepta tu exilio, y sigue a tu Dios.

(*Dante va a la ventana. La abre. El ruido refrescante de la lluvia parece purificar el dormitorio. Dante saca las dos manos, para que la lluvia las moje. Después las pasa por su cara*).

DANTE: (*después de cerrar la ventana*). ¡Con cuánta sorpresa Antonella oía mis primeros cuentos! No podía creer que un ciudadano de Florencia, exiliado por los Negros, la hubiera elegido a ella como su única compañera; como el nuevo y pequeño mundo que tomaría el lugar de la gran Patria perdida.

VIRGILIO: Seguramente en un principio no creía poder merecer tu afecto...

DANTE: En estas tierras, los exiliados Blancos y los Gibelinos somos personajes famosos, buscados... Naturalmente su humildad avivó mi pasión... En cada nuevo encuentro yo le donaba partes cada vez más íntimas de mi vida pasada... Hasta que un día me pareció leer en sus ojos un pensamiento nuevo: la seguridad de disponer de mi amor. Y, después, de contar con mi ternura.

VIRGILIO: Entonces, el afecto que le tuviste hasta ese momento, lo asumiste como un deber, impuesto por el sentimiento sincero de la gratitud.

DANTE: Afecto aún vivo, Virgilio. Antonella ha cubierto, con su belleza, las heridas que humillan al desterrado.

(*Se acerca a la cama. Levanta con ambas manos la sábana. De modo que él, y no el público, vea el cuerpo desnudo de Antonella*). ¡Mira este cuerpo: colinas; laderas de curvas perfectas; llanuras de suaves declives; y una flora delicada, de primavera! ¿Cuántas veces he explorado esta geografía? ¿Cuántos nombres he dado a cada uno de estos rincones dulces y deshabitados?

(Vuelve a cubrir el cuerpo de Antonella. Va a la chimenea. La alimenta con algunos palos).

DANTE: (pensativo). Su cuerpo; y también el encanto de las mujeres italianas, flores únicas de nuestras provincias... *(Baja la cabeza. Mira las llamas).*

(Virgilio se separa de la pared, en la cual estuvo apoyado todo el tiempo, desde su aparición. Camina, hasta colocarse frente a Dante. Este se da cuenta de la presencia real del poeta latino, su maestro).

DANTE: ¡Tú, aquí!... ¿Entonces? (Se levanta del asiento).

VIRGILIO: He sido enviado. ¡Escucha!

(Cierra la cortina)

(Apagón)

ACTO III CORTINA 5.



PERSONAJES:

MARÍA SANTÍSIMA

SANTA LUCÍA

RAQUEL

BEATRICE, resucitada, en el Paraíso.

VIRGILIO, poeta latino

(Estancias en el Paraíso. En el centro, un trono de oro. Sentada en él, María Santísima, con túnica roja y manto azul. Esta es la estancia

primera. Al lado izquierdo de quien mira la escena, está la estancia segunda: Ahí está sentada Lucía, en una banqueta sencilla. Está vestida de negro. Al lado derecho de quien mira, sentadas sobre un murito blanco, conversan Raquel con Beatrice. La primera viste con túnica gris. La segunda con los colores blanco, rojo y verde. Esta es la tercera estancia. Las cuatro mujeres comparten, es evidente, una infinita alegría. Sonríen cuando callan, ríen cuando hablan. (De pronto, María junta las manos en el pecho y mira arriba).

MARÍA: ¡Gabriel!

GABRIEL: *(vestido de blanco, aparece de inmediato detrás del trono).*
Aquí estoy, Anunciada.

MARÍA: Una creatura que mi Hijo ama especialmente, está en peligro. Mi Hijo manda que lo ayudemos. Está impedido por las fieras.

GABRIEL: ¿Iré yo? ¿O irá Miguel?

MARÍA: Mi hijo dice que la creatura es devota de la hermana Lucía. Porque le ha encomendado sus ojos, sin los cuales no podría escribir los dictados que le son enviados. Irá Lucía.

GABRIEL: ¿El nombre de la creatura?

MARÍA: Dante Alighieri, poeta de la bella ciudad italiana de Florencia.

GABRIEL: "Ave María" *(va a la estancia de Lucía).*

LUCÍA: ¿Sí, Gabriel?

GABRIEL: Hermana Lucía. Vuestro protegido, Dante...

LUCÍA: Cuido sus ojos. Y con ello cuido en algo su Poema.

GABRIEL: María madre me ha enviado a Ti, porque algunas de las bestias lo han agredido. El peligro es grande. Debes ayudarlo. Tú sabes el modo.

LUCÍA: "Dominus tecum", Gabriel. Lo haré de inmediato.

(Gabriel vuelve detrás del trono de María. Lucía se levanta de su asiento. Va a la estancia de Raquel).

LUCÍA: Raquel.

RAQUEL: Lucía, acompáñanos. *(Se hace a un lado. Lucía se sienta entre Raquel y Beatrice).*

LUCÍA: Raquel; María Madre me ha enviado a Gabriel.

RAQUEL: ¿Cuál es la tarea?

LUCÍA: Un protegido mío puede perder los ojos del alma y no cumplir con la misión que se le ha encomendado.

RAQUEL: ¿Lo conozco yo?.

LUCÍA: Tú no. Ella lo conoce *(indica a Beatrice).*

BEATRICE: ¿Es uno de mis hermanos?

LUCÍA: Es Dante Alighieri, el poeta que el Hijo de la Trinidad ha escogido con el fin de que cante los misterios de las Esferas y del Inmóvil. *(Beatrice se cubre el rostro con las manos).*

BEATRICE: Dante... No debe perderse.

RAQUEL: ¿Quieres ayudarlo tú? Tú lo has conocido ¿verdad?

BEATRICE: Las virtudes de Nuestro Señor, que María Madre me ha dado cuando estuve en el mundo, fueron muy amadas por Dante... Dante me amó tanto, que, después de mi venida aquí, prometió dedicarme el Poema que la Humanidad espera.

LUCÍA: Las bestias lo tienen acorralado. Son tres bestias. Nosotros tres lo ayudaremos.

RAQUEL: Si es un poeta, debe amar a las Musas.

LUCÍA: Las Musas inspiran, pero no destruyen al enemigo. Creo que Dante oirá a un maestro. Uno que lo haga fuerte.

RAQUEL: ¿A otro poeta?

BEATRICE: ¡Sí, a otro poeta! Yo sé a quién.

LUCÍA: Debe ser un maestro que Dante ame mucho, como a un padre.

BEATRICE: Él llamaba a Virgilio: "Amadísimo padre".

RAQUEL: ¡Virgilio! ¡Virgilio, el poeta de Mantua! El cantor del piadoso Eneas. ¿Es el mismo?

BEATRICE: Es el mismo. Dante lo venera.

LUCÍA: Beatrice, debes llamar a Virgilio.

RAQUEL: Está en el Purgatorio, porque no ha conocido al Hijo del Altísimo. Esta misión que le encomendaremos mucho le valdrá para que pueda ascender.

BEATRICE: Lo haré ahora. *(Las tres mujeres cierran los ojos, cruzan los brazos sobre sus pechos y rezan juntas).*

LAS TRES MUJERES: Si tú quieres, María Madre, ahora Virgilio vendrá, como mensajero obediente.

(Virgilio entra por la platea, corriendo, con una sonrisa. Se detiene en el primer peldaño de la escalerilla).

VIRGILIO: Beatrice Portinari. He oído tu llamado. No me está permitido subir hasta vosotras. ¡Dame tus órdenes! Yo las cumpliré, como Mercurio cumplía, alas en los pies, las del padre Júpiter.

BEATRICE: Espera...¡oh!... Me dicen que tú oyes...

(Un ruido terrible invade el ambiente: son los rugidos mezclados de un león, un leopardo y un lobo).

VIRGILIO: *(atemorizado)*. Distingo a... un leopardo... un león... y un lobo... El soberbio león, el lujurioso leopardo, y el avaro lobo.

BEATRICE: Ellos son los que impiden a Dante tomar la vía recta que ha de conducirlo aquí.

VIRGILIO: Alejaré de él las horribles fieras. Lo guiaré en el largo viaje. Pero Beatrice, no soy un guía perfecto. Lo podré guiar hasta la mitad del camino. Tú deberás esperarlo allí.

BEATRICE: *(Solloza)*: ¡Oh, amigo, pronto, parte... Libéralo...!

(Apagón. Sube la cortina. Vuelve la luz en el dormitorio de la escena anterior).

VIRGILIO: Para esto he sido enviado, aquí. No esperes de esta mujer, que mucho te ha acompañado, lo que no puede darte. Tampoco esperes más volver a Florencia. Nunca más la verás.

DANTE: No renunciaré a ello...

VIRGILIO: Ama, a la mujer y a la República. Pero con amor superior amarás a la Monarquía de Dios, y cantarás su Imperio. Te dictaremos las palabras, juntos, yo, las Musas, y Beatrice.

(Virgilio sale por la puerta, silencioso, como la sombra que cambia de lugar).

(Apagón)

ACTO III ESCENA 9

Personajes:



TODOS

(Lugar: El patio empedrado de Santo Stefano degli Ulivi. En el mismo día 8 de septiembre del año 1321, que transcurrió, en parte, durante la escena 1 del acto I. Dante aparece sentado en el banco en el borde del escenario, el mismo lugar en el cual lo sorprendió el apagón del final de la escena. Tocan las campanas del convento.

Desde el fondo de la platea avanza, en dirección a Dante, una larga procesión. Caminan, en perfecto orden secuencial, los personajes de

los tres actos: de la novicia Fiammetta a los soldados de Guido Novello da polenta. Dante permanece inmóvil, en actitud contemplativa. Cuando la procesión llega a la escalerilla, los personajes suben, uno tras otro, al escenario. Toman los lugares que se les ha fijado. A saber: a la izquierda, quienes merecen estar en el Infierno; al centro, los que merecen estar en el Paraíso; a la derecha, los que merecen estar en el Purgatorio. Para que los tres lugares queden suficientemente evidentes, la zona izquierda tendrá un nivel 1, la de la derecha un nivel 2, y la del centro un nivel 3.

Las ubicaciones de los personajes deben ser las mismas que les asignó Dante en los cien cantos de la "Divina Comedia". Los personajes inventados por el autor ocuparán el lugar que establezca el director de la compañía que pondrá en escena el drama).

Cuando todos los personajes, en absoluto silencio, hayan tomado su posición, Dante se pondrá de pie. En el instante en que lo haga, se iniciará el coro de monjas y novicias, en la capilla vecina. Entonces, Dante paseará entre los personajes, que permanecen inmóviles como esculturas policromas. El poeta se detendrá frente a algunos de ellos. A saber: Bella, su madre a la que besa en la frente; Gemma, su esposa, a la que besa en la mejilla; Buonconte da Montefeltro, a quien abraza; Bonifacio VIII, a quien mira largo rato; Cante Gabrielli, frente al cual levantará una mano, en enigmático saludo; Giotto, a quien abraza más largamente que a nadie; Mario, su sirviente. Desde ese lugar avanza hasta Beatrice, cuya mano besa. De allí, anda unos pasos en dirección hacia la reja exterior del patio, se detiene para contemplar en conjunto esa multitud estática. Después, pasa la reja y la cierra a su espalda. Cuando empieza a alejarse, todos los personajes giran sus cuerpos en dirección a él, y levantan sus brazos, en un último saludo. La luz baja. El coro ha terminado. Tocan las campanas, mientras cae el telón.